

OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA ARZOBISPO DE TOLEDO
VIGILIA PASCUAL. 31/03/2018

Queridos hermanos: en la alegría desbordante del Aleluya pascual, os felicito y me congratulo con vosotros en esta Noche Santa. Hemos vivido el misterio del nuevo fuego con el que encendimos en cirio pascual, que representa a Cristo Resucitado; se nos ha anunciado la Pascua con el pregón que siempre impresiona; hemos cantado de nuevo el Aleluya, que despedidos el miércoles de Ceniza; y hemos escuchado la Palabra de Dios, mucho más sentida y recibida en tantos momentos, que culminan con el Evangelio. Estamos, pues, en condiciones de pasar, después de esta homilía, a la liturgia sacramental, la de los sacramentos que nos dieron nueva vida. Nuestros Catecúmenos están ya preparados para recibir la vida nueva que nosotros recibimos en nuestra Iniciación cristiana. Y nosotros mismos seremos invitados a renovar nuestro Bautismo y a renovarnos profundamente, tras el ejercicio de la Cuaresma.

Nuestro Dios y Salvador, Jesucristo, realizó su plan de salvar al hombre y la mujer levantándolos de su caída y haciendo que pasaran del estado de alejamiento, en que habían incurrido por su desobediencia, al estado de familiaridad con Dios. Este fue el motivo de la venida de Cristo en la carne, de su convivencia con los hombres, de sus sufrimientos, de su cruz, de su sepultura y de su resurrección: que el ser humano, una vez salvado, recobrara, por la imitación de Cristo, su antigua condición de hijo adoptivo de Dios, revistiéndose del Señor Jesús.

Y así, queridos hermanos, para llegar a una vida perfecta y feliz, es necesario imitar a Cristo, no sólo en los ejemplos que dio durante su vida, ejemplo de mansedumbre, de humildad y de paciencia, sino también en su muerte, como dice san Pablo, el imitador de Cristo: *muriendo su misma muerte, para alcanzar también la resurrección de entre los muertos*. Algo que parece harto difícil a hombres y mujeres que, como nosotros, verificamos nuestra debilidad constantemente.

¿De qué manera, pues, podemos reproducir en nosotros la muerte de Jesús? Sepultándonos con Él por el Bautismo. ¿Y en qué consiste este modo de sepultura, y de qué nos sirve el imitarla? En primer lugar, es necesario cortar con la vida anterior. Y esto nadie puede conseguirlo sin aquel nuevo nacimiento de que nos habla el Señor, ya que la regeneración, como su propio nombre indica, es el comienzo de una vida nueva. Por esto, antes de comenzar esta vida nueva, es necesario poner fin a la anterior. En esto sucede lo mismo que con los que corren en el estadio: al llegar al fin de la primera parte de la carrera, antes de girar en redondo, necesitan hacer una pequeña parada o pausa, para reemprender luego el camino de vuelta; así también, en este cambio de vida, era necesario interponer la muerte entre la primera vida y la posterior, muerte que pone fin a los actos precedentes y da comienzo a los subsiguientes.

Pero ¿cómo podremos imitar a Cristo en su descenso a la región de los muertos? Imitando su sepultura mediante el Bautismo o su renovación en la Noche Santa. Los cuerpos de los que son bautizados, en efecto, quedan en cierto modo, sepultados bajos las aguas. Por eso, el Bautismo significa el despojo de las obras de la carne, según aquellas palabras del Apóstol: "...con Cristo fuisteis sepultados en el Bautismo", porque éste purifica el alma de las manchas ocasionadas en ella por el influjo de esta vida en carne mortal. Por eso reconocemos un solo Bautismo salvador, ya que es una sola la muerte en favor del mundo y una sola la resurrección de entre los muertos, y de ambas es figura el Bautismo.

Damos gracias los ya bautizados a nuestros catecúmenos, porque, a la vez que ellos reciben la vida resucitada en el Bautismo por la resurrección de Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo, a nosotros nos permiten recordar y, sobre todo, renovar estos mismos acontecimientos de nos dieron nueva vida. Serán momentos de gran plasticidad y belleza en los que toda la comunidad aquí presente asiste a los sacramentos de Iniciación. Son



momentos, pues, que nos permiten revivir la gracia pascual y el sentir cómo como pasamos de la muerte a la vida, de ser no Pueblo de Dios/Iglesia a ser Pueblo escogido por Dios, Asamblea Santa, Pueblo sacerdotal; de las tinieblas a la luz. Damos gracias a Dios por estos nuevos hermanos que se agregan al Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia. También nosotros hemos de caer en la cuenta de esta salvación es obra gratuita del Padre en Cristo por el Espíritu Santo. La Virgen que junto a la Cruz recibió a Juan como hijo suyo nos acoga a todos nosotros como hijos en el Hijo, para la gloria de Dios. A Él sea la gloria, el poder y el imperio. Aleluya.

+Braulio, Arzobispo de Toledo